

LA PSICOLOGIA Y LA ESPAÑA DE 1898

HELIO CARPINTERO

Universidad Complutense. Madrid

RESUMEN

El trabajo ofrece una visión panorámica de la situación de la psicología científica en España en torno a 1898, año en que se produce la pérdida de las últimas colonias.

Se han distinguido tres grupos de aportaciones:

a) los trabajos de carácter principalmente académico, que muestran el interés de una serie de autores por los nuevos desarrollos de la psicología en Alemania (psicofísica, estructuralismo) y en Francia, principalmente. Aquí se tienen en cuenta figuras relacionadas con la Institución Libre de Enseñanza, (Giner, Simarro), el gran neuroanatomista Ramón y Cajal, y algunas obras singulares -memorias, tesis- de Besteiro o Baroja.

b) las referencias a ideas psicológicas o psicopatológicas, al llevar a cabo una interpretación histórica o literaria de la situación de la sociedad española, que aparecen en los autores de la Generación del 98 (Ganivet, Azorín, Unamuno...).

c) el uso de ideas de psicología social (en especial el concepto de *Volksgeist*), por autores interesados en desarrollar una visión nacionalista o independentista en varias regiones españolas (País Vasco, Galicia, Cataluña).

De este modo, se concluye que ha habido una influencia muy variada de las teorías psicológicas en la España de fin de siglo, habiéndose utilizado las mismas no solo para cuestiones académicas sino para sostener interpretaciones de la realidad social del país.

SUMMARY

This work offers a panoramic view of scientific psychology in Spain around 1898, the year of the losing of last colonies of the Spanish Empire.

Three main groups have been made:

a) the academic contributions written by others interested in the new psychology that was emerging in Germany and France. Here have been considered some well-known professors related to Institución Libre de Enseñanza (Simarro, Giner), the great neuroanatomist Ramón y Cajal, and some significant reports and dissertations (Besteiro, Baroja) related to the new science.

b) The references to psychopathological theories appearing in the literary works of the well-known members of the Generación del 98 (Ganivet, Unamuno, Azorín).

c) The references to some concepts of social psychology (as *Volkgeist*), made by people interested in developing (in the Basque Country, Galicia or Cataluña) nationalistic or independentist views of the Spanish nation.

It is concluded that psychological theories had a broad impact in Spain around 1898, not only of an academic but also of political significance.

INTRODUCCIÓN

La psicología contemporánea es una realidad compleja. Por un lado se ha constituido como un saber experimental, próximo a la fisiología y otras ciencias naturales; por otro, ha tenido desde el comienzo una gran proximidad con la psiquiatría y los saberes médicos de la mente; a ello se ha de sumar su dimensión de ciencia social, vecina de la sociología y la antropología, estrechamente ligada también a las inquietudes políticas y laborales.

Semejante pluralidad de facetas explica las pasiones, y los temores, que ese saber ha levantado en contextos históricos diversos, y los usos múltiples a que se han destinado sus teorías en momentos de agitación y efervescencia social.

La historia de la incorporación de la psicología a la cultura española deja ver, con bastante claridad, esa pluralidad de valores y roles que cupo asignar a aquel conjunto de saberes dentro de nuestro marco social. Dentro del proceso general de modernización del país que ha tenido lugar, lleno de sobresaltos, en el siglo pasado y primeras décadas de éste, la

psicología ha tenido su lugar. Y precisamente en torno al 98, que ahora se recuerda con fervor de centenario, cobró su presencia una singular complejidad, por razón de la encrucijada histórica vivida por el país, dentro de la cual había de caberle algún papel. Procuremos verlo de cerca.

EL SIGLO XIX. LA RESTAURACIÓN

El siglo XIX representó para España una época de conflictos profundos en todos los órdenes. De un lado, es el tiempo en que definitivamente se distancia del resto de los países europeos, rompiendo la unidad de civilización que se había llegado a imponer en casi todos ellos con la Ilustración. Es también la época en que se produce la ruptura interior del país, con conflictos continuos entre los varios grupos sociales que batallan por el poder, y que tendrá como consecuencia una serie de emigraciones de españoles, en oleadas sucesivas - primero de afrancesados, luego de liberales y constitucionalistas, más tarde de carlistas y revolucionarios (Marías, 1985).

Buena parte del siglo está lleno de guerras: la guerra de la Independencia (1808-1814), el agitado reinado de Fernando VII (1814-1833) durante el cual se produce la independencia de los Virreinos americanos, y las tensiones entre liberales y reaccionarios; luego, bajo la monarquía de Isabel II (1835-1868), carlistas e isabelinos mantienen las espadas en alto. El conflicto por las libertades se combinó con otro entre la metrópoli y las colonias, al tiempo que en el plano de las ideas, el conservadurismo y el tradicionalismo generaron innumerables obstáculos para la incorporación de los nuevos valores dominantes en Europa: la democracia, la mentalidad positivista, el reformismo social y económico.

Solo con la llegada de la Restauración (1874-1923), tras el paréntesis de seis años que incluye la revolución, la monarquía de Amadeo de Saboya, la I República con la sublevación cantonal y el conflicto colonial, pudo España al fin entrar en una era de progreso, de incorporación al continente, en el orden político, social, intelectual y científico-técnico, si bien con un importante retraso respecto al resto de Europa (Seco, 1993). La Restauración es también, y no por azar, el marco de incorporación de la psicología científica a nuestro horizonte de ideas.

Hay en este tiempo quienes intentan una primera recuperación de "los hábitos de trabajo científico", y una la transformación de la mentalidad social mediante la educación. Dos o tres generaciones de intelectuales españoles, nacidos entre 1800 y 1850, trabajan en estos años. En particu-

lar es notable la llamada generación “de sabios” (López Piñero, 1982), con figuras creadoras en las distintas especialidades, que resultó posible gracias a los esfuerzos anteriores acumulados. A esta generación pertenece una serie de figuras nacidas en torno a 1856: Luis Simarro (1851-1934), Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), Ramón Turró y Darder (1854-1926), Jaime Ferrán (1850-1929), el escritor y ensayista José del Perojo (1852-1908), el historiador Eduardo de Hinojosa (1852-1919), Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), el ingeniero Leonardo Torres Quevedo (1852-1936), o el químico José Rodríguez Carracido (1856-1928): gracias a ellos, en las últimas décadas del siglo XIX se va a producir en España una creciente oleada de interés hacia la ciencia moderna.

Hay algunos hechos de valor capital en nuestra historia. Recién producida la restauración, saltó la polémica entre conservadores y progresistas a propósito de la “ciencia española” (1876), esto es, la cuestión de si tuvimos o no ciencia en los siglos modernos, y si su carencia había de ser imputado al espíritu religioso dominante en nuestra historia (Laín, 1962). Otro hito lo representa la creación de un centro cultural privado, la Institución Libre de Enseñanza, que lidera Francisco Giner de los Ríos, y que impulsa la europeización cultural y científica. Un tercero, la tensión creciente entre grupos reaccionarios y ortodoxos, y la incorporación de nuevas doctrinas en auge por Europa, como el positivismo y el evolucionismo darwinista (Nuñez, 1969).

La Restauración terminó con una serie de conflictos que venía el país arrastrando muchos años. Impuso un orden político desde Madrid, que permitió el desarrollo económico e industrial, así como intelectual y científico. Al mismo tiempo, engendró unos movimientos reactivos que habían de crecer con el tiempo: frente al centralismo aparecieron los “regionalismos”, principalmente en Cataluña y el País Vasco; con la industria surgió el movimiento obrero; los intelectuales, en permanente tensión por la libertad de expresión y de enseñanza, fueron muy críticos ante la nueva situación (Carr, 1966). A todo esto vino a sumarse una primera oleada de irreligiosidad y descristianización en un país que algunos grupos querían mantener monolíticamente católico. Ello generó una profunda falta de concordia en el país.

EL AÑO 1898 Y SU VALOR DE PARADIGMA

En 1898 tiene lugar la guerra de España con Estados Unidos por sus últimas colonias (Filipinas, Puerto Rico, Cuba). Se consuma la pérdida de las colonias que quedaban aún como restos del pasado imperio, y el país

volvía a poseer el perfil geográfico que tuviera antes del descubrimiento de América: el suelo peninsular que comparte con Portugal.

Tras la derrota, muchas voces pidieron un cambio profundo y regenerador del país, en un movimiento cuya versión literaria iba a ser protagonizada por la "Generación del 98". Caracterizan a ésta una serie de rasgos diversamente apreciados por los estudiosos de la misma; hay una general coincidencia en torno a su común preocupación por España, su pasado, la diversidad de gentes y paisajes, y la conversión de todo ello en valor literario. Su patriotismo engendra un afán de conocimiento y de apropiación de la realidad nacional precisamente a través de la literatura. Y su obra alcanza límites insospechados entre los lectores, cobrando ese patriotismo literario una preeminencia que antes no había tenido.

Ciertamente, esa preocupación por España tiene raíces en el inmediato pasado. Late en los escritos de los autores del "regeneracionismo", como Joaquín Costa o Ricardo Macías Picavea, que han examinado los 'males de la patria' y han propugnado una regeneración social mediante la aproximación a Europa; late también en los esfuerzos educativos de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza; no falta tampoco entre los miembros de aquella 'generación de sabios' que se han esforzado por aclimatar, paulatinamente, los nuevos saberes a nuestro mundo social. Pero el grupo de escritores del 98, a más de su preocupación por su patria, han añadido dos cosas: su enorme genialidad literaria, de un lado, y su extraordinario arraigo en el horizonte de las letras de su tiempo. Y eso dió a su empeño una resonancia social extraordinaria.

Incluso es exacto anotar como hace Marías que el espíritu del "98" había empezado antes de esa fecha. Lo prueba la obra entera de Ganivet, perfectamente 'noventaiochista', y escrita antes de esa fecha, en que su autor se suicidó en las aguas del Duina; o la correspondencia entre Unamuno y Ganivet, "El porvenir de España"; o incluso el ensayo unamuniano "En torno al casticismo", particular visión del tema, escrito tres años antes de aquella fecha.

Pero el año 1898 tiene un valor ejemplar. Ortega, a quien por cierto se debe la fórmula de "generación del 98" - aunque aplicada a la suya propia, y no a la que hoy consideramos tal (Cacho Viu, 1985)- dejó plasmado admirablemente en dos trazos el sentido de aquella fecha tal como lo viviera él y otros muchos contemporáneos: 1898 habría sido sentido como el momento en que se produjo "el aniquilamiento subitáneo de la historia de España" (Ortega, X, 226). En ese instante España habría mostrado su falta de consistencia; la Restauración, vendría tan solo a ser una gran "fantasmagoría"... Complementariamente, ese choque con la

fantasmagoria habría de generar, como reacción, un fuerte deseo de vivir de nuevo en la verdad, y los escritores del 98 lograron hallar el temple literario desde el que emprender la nueva aventura.

LA PSICOLOGÍA Y EL 98

Al pretender situar la 'nueva' psicología dentro del escenario del 98, hemos de atender a varios planos. Tal vez ayude recordar aquí los dos niveles que en el trato con la filosofía distinguiera Kant al comienzo de su *Lógica*: un uso 'escolar', que se hace de sus conceptos y argumentos dentro del marco académico de la escuela, dentro del ámbito profesional, y lo que llamó uso 'mundano', esto es, el modo como los hombres, en sus vidas concretas, se ven llevados por la fuerza de las cosas a ocuparse de preguntas y problemas que resultan ser propios de la filosofía. Y este segundo sentido era para él el más importante de los dos.

También aquí podríamos decir que hay un uso "escolar" de la psicología, referido a la incorporación de ideas y teorías más o menos recientes, sobre los temas y problemas propios de aquella ciencia. En unos casos de modo más creativo, en otros menos, algunos espíritus se ocuparon de enseñar y de reflexionar sobre temas genéricamente psicológicos. Y existe luego una segunda línea de influencias, que se esforzaría por aprovechar diversas ideas y doctrinas para plantear problemas o acciones de índole social, fuera ya del marco estricto de la academia y el laboratorio, y que se corresponde con aquel 'uso mundano' de los conocimientos antes referido.

Vayamos, pues, por partes. Comencemos recordando brevemente las más significativas aportaciones "escolares", esto es, aquellas que se han movido dentro del horizonte de la especialización técnica y académica, en la época que ahora consideramos.

I. Las versiones de una psicología "escolar". Los trabajos "académicos"

a) *Giner y la Institución Libre de Enseñanza*

Sin duda, hay que comenzar recordando la figura y la obra de Francisco Giner, cuando se trata de evocar el mundo en que apareció la nueva psicología científica en el horizonte de nuestra cultura.

Es sabido que una de las primeras referencias a los nombres de la nueva psicología - Weber, Fechner, Lotze, Wundt- se halla en el prólogo

a la segunda edición de un breve manual de psicología -*Lecciones sumarias de psicología* (1877)- de Francisco Giner de los Rios (1839-1915). El fundador de la Institución, en efecto, demostró tener un gran interés y un excelente conocimiento de las nuevas doctrinas psicológicas que empiezan a tomar cuerpo en Europa en el último cuarto de siglo. Giner adoptará una visión funcionalista de la vida psíquica, orientada siempre a comprender los procesos de la mente en relación con su función de adaptación para la vida, y ello lo transmitirá a sus numerosos discípulos (Lafuente, 1980, 1982, 1987; Carpintero, 1994).

Además, la Institución Libre de Enseñanza (ILE), a través de su *Boletín* (BILE), publicó algunos trabajos de A. Binet, J. Sully o H. Spencer, al lado de otros de autores españoles, donde resulta visible una orientación dominante hacia los temas de psicología pedagógica.

Pero se ha de contar, sobre todo, con una aportación singular que tiene lugar en los entornos del 98. Me refiero al curso de psicología del doctor Luis Simarro, en el Ateneo de Madrid.

b) El curso de Simarro

Fue Luis Simarro (1851-1921), como es sobradamente conocido, médico psiquiatra asentado desde su juventud en Madrid, que habría de ser el primer catedrático de psicología experimental en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, desde 1902 hasta su muerte en 1921 (López Piñero, 1983; Yela, 1987).

Espíritu libre, formado en el krausopositivismo y luego en el monismo haeckeliano, y la neurología francesa de Duval y Charcot, contribuyó no poco con sus clases al fortalecimiento de la ILE, y mantuvo algunos años un laboratorio antropométrico en el Museo Pedagógico Nacional creado en Madrid, por inspiración institucionista, en 1893. Allí Simarro hizo estudios empíricos bastante elementales sobre fatiga escolar, que después abandonó, al interesarse en los años siguientes mucho más por problemas de política y libertad de pensamiento, como miembro activo de la masonería.

Simarro nunca expuso su doctrina psicológica por escrito de modo completo y sistemático. Contamos solamente con artículos y escritos dispersos, que solo dan una idea aproximada de su pensamiento. En sus primeros trabajos, escasos y dispersos, le encontramos defendiendo unas tesis de tipo determinista, reflexológicas, y evolucionistas, centradas sobre la idea de adaptación biológica; allí la conciencia aparece como una incógnita, propia para el estudio de la filosofía y no de la ciencia positiva.

En líneas generales parece haber defendido una psicología como ciencia natural, de tipo wundtiano, en la que habría injertado el asociacionismo propio de los psicólogos ingleses, cuyo precursor a su juicio fuera Luis Vives, cuyo tratado *De anima et vita* hizo traducir y reeditar.

De todos modos, podemos rastrear su sistema de pensamiento en un curso de psicología profesado hacia 1896 ó 1897 en el Ateneo de Madrid, un año antes de "la Derrota". De él solo queda el programa, publicado lleno de defectos muchos años después (García Martí, 1948, 198-200). Se trata de un curso de Psicología fisiológica. Comienza considerando la naturaleza de la vida (acción y reacción entre organismo y medio, adaptación, variación y evolución darwinista). Siguen luego lecciones sobre el sistema nervioso (evolución, dinámica de las excitaciones, niveles de organización) y aborda la relación entre psiquismo y fisiología. Los epígrafes son bien indicativos: "De las funciones psíquicas y su paralelismo con las funciones fisiológicas del sistema nervioso. De lo consciente y lo inconsciente. Del asiento de la conciencia. El problema metafísico bajo el punto de vista de la psicología. La psicología trascendental. Idealismo psicológico y materialismo fisiológico. Teoría del agnosticismo" (García Martí, 1948, 199).

El curso luego trata de la evolución: filogenia (Haeckel, Verworn, Romanes), y ontogenia (Preyer, Baldwin, B. Pérez, entre otros). De ahí pasa al análisis de los niveles de comportamiento -reflejo, acto automático, y acto voluntario-, y llega finalmente al análisis de la conciencia, su campo, su contenido y sus elementos básicos: emoción y representación.

El curso se hubo de completar con conceptos relacionados con el asociacionismo de ideas, la memoria, la conceptualización, el pensamiento abstracto, la personalidad, y unas ideas sobre la patología del espíritu, (grandes síndromes y alteraciones del sentimiento y la personalidad) (Carpintero, 1994).

Resuenan aquí, sin duda, muchas de sus ideas nucleares: bajo el dualismo inicial -idealismo, materialismo- parece afirmarse un principio unitario de solución monista, compatible con una "teoría del agnosticismo", donde podría sin duda mencionar a Herbert Spencer, entonces en plena boga. Y ante la conciencia, que "sabemos cómo se produce, pero no lo que es", (Simarro, 1897,384), parece situarse dentro de una línea funcionalista y evolucionista.

En suma, este curso parece situarse dentro de las líneas vigentes en el resto del mundo occidental: evolucionismo, funcionalismo, fenomenalismo, reflexología. Su estructura es actual, para su tiempo, y muestra un conocimiento muy considerable y fino de la ciencia de aquellos días (Bandrés et al. 1996). Y hay dos factores que no debemos pasar por alto: primero,

no deja de sorprender que sea un curso de Ateneo, fuera del marco universitario, lo que obliga a imaginar el público que pudo asistir y, sobre todo, el impacto que pudieron tener todas esas complejas reflexiones. Y de otro lado, hay que notar que a su base no había una labor de investigación experimental publicada y contrastada y, por lo tanto, su autor hablaba en general de lo leído y lo sabido, no de lo realmente investigado por él (Carpintero, 1994).

c) Otros estudios y ensayos

Otros espíritus curiosos se fueron asomando también a la marea creciente de investigaciones que fuera de nuestras fronteras iban llenando las publicaciones psicológicas. Leyeron, meditaron, y luego escribieron. Así contribuyeron de modo muy modesto al arraigo de los nuevos saberes.

Mencionaré dos trabajos, distintos entre sí pero con coincidencias no pequeñas, nacidas sobre todo del alto valor que desde Giner se vino concediendo a la "cuestión psico-física" - que, en realidad, no era otra a los ojos y mentes filosóficas de aquí sino la vieja cuestión de " lo físico y lo mental". Uno es el estudio de Julián Besteiro sobre *La psicofísica*; el otro, la tesis de Pío Baroja sobre *El dolor*. Ambas son personalidades de primer orden; las dos se ocuparon de problemas e ideas de la psicología para tratar sus temas; y ambos, también, terminaron por derivar hacia otros caminos, en los que de algún modo debió seguir latiendo su ensayo juvenil.

En 1895, un comité del que formaban parte figuras como Ramón y Cajal y Simarro premió un estudio sobre la psicofísica, presentado a un concurso convocado por el Ateneo de Madrid, núcleo de cultura progresista en el siglo XIX. Su autor era un joven profesor, Julián Besteiro (1870-1940), que luego iba a ser catedrático de lógica en la Universidad de Madrid, y uno de los primeros intelectuales socialistas españoles del siglo XX. El pequeño volumen *La psicofísica* se publicó en 1897.

Se trata de un trabajo de naturaleza puramente teórica, que aborda el problema psicofísico, particularmente en la formulación de Fechner y de sus críticos - Delboeuf, Plateau, Müller, etc.-, al tiempo que lo sitúa en el doble campo de la psicología y de la filosofía. En sus páginas mantenía su autor que la psicofísica y la nueva psicología alemana habían conseguido renovar el estudio de la relación entre cuerpo y psique, o lo que es igual, entre la sustancia extensa y la pensante, lo que contribuía a cerrar la vieja oposición entre materialismo y espiritualismo. Esta idea ya había atraído en su tiempo la imaginación y la reflexión de ilustres

krausistas como el filósofo -y presidente de la I República- don Nicolás Salmerón (en su conocido prólogo al libro de Hermenegildo Giner *De arte y estética*), y del catedrático y ensayista Urbano González Serrano (*La psicología fisiológica*). Todos querían ver en la nueva psicología una vía de resolución de los problemas filosóficos que había planteado la modernidad.

Besteiro seguía en su exposición de cerca a Wundt, a Delboeuf y a G.E. Müller, haciendo de la psicofísica un área de estudio de los estados psíquicos en relación con los fenómenos físicos, cuya explicación habría en el fondo de corresponder a la psicología fisiológica (Besteiro,1897).

A pesar de todo su conocimiento y familiaridad con la psicología nueva, Besteiro no siguió por esta senda. Su interés por los aspectos epistemológicos y metafísicos del problema del espíritu, que dejan bien ver sus raíces krausistas, le iban a llevar hacia el campo de la lógica, y su pensamiento terminaría por orientarse hacia el neokantismo y el socialismo marxista.

Caso bien distinto es el de Pío Baroja.

Pío Baroja (1872-1957), como es bien conocido, se formó como médico, y llegó incluso a ejercer de tal en el País Vasco, girando luego hacia la literatura. En varias de sus novelas dejó una imagen deprimente y crítica de su mundo de facultad y de hospitales, en sintonía con su visión entrañable y amarga de la vida y del país.

Uno de sus escritos menos frecuentado es sin duda su tesis doctoral, *El dolor. Estudio de psico-física*, que apareció editada en 1896. Es un estudio breve, que examina los caracteres y efectos del dolor en sus varias localizaciones y formas, y parece fundado en observaciones y descripciones clínicas.

Su punto de partida es la situación vital de normalidad, manifiesta a través de la cenestesia, resultante de "necesidades o tendencias que son la esencia misma del hombre" (Baroja, 1980, 48), y que son distintas de la conciencia como tal (Idem, 7). El dolor resultaría de contrariar alguna tendencia, y su sensibilidad sería mayor cuanto mayor fuera la inteligencia del sujeto, su cultura o su intensidad. Precisamente para precisar la idea de la relación entre sensación y excitación Baroja recurre a los conceptos psicofísicos, introduciendo un apartado dedicado a la ley de Fechner, cuya fórmula integrada incluye. Aunque no reconoce la existencia de "nervios doloríficos" -todo lo que hoy viene a formar la sensibilidad protopática-, sí postula la posibilidad de un centro cerebral del dolor.

El estudio, modesto pero no exento de interés, recurría ampliamente a una serie de autores, entre los que destacan Richet (*La douleur*) y Ribot (*Psychologie de l'attention*), y hay apreciativas referencias a Schopenhauer.

Ciertamente, estas páginas se hallan muy distantes de lo que ha sido la obra central de su autor, pero no deja de tener interés ver a su través esa preocupación barojiana por el dolor humano y sus bases orgánicas y materiales.

*d) Las hipótesis psicológicas de un neuroanatomista.
El caso de Cajal*

La personalidad de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) tiene singular interés, desde nuestro punto de vista. Su investigación histológica le condujo, como es bien sabido, al establecimiento de una teoría neuronal del sistema nervioso, base de la actual concepción del mismo y por ella recibió el premio Nobel de fisiología en 1906. Las neuronas, unidades discretas, entran en contacto entre sí por contigüidad, y se hallan acompañadas de células de la glía. Genial investigador anatomofisiólogo, sus hallazgos le animaron a proponer alguna interpretación de los fenómenos psicológicos, tan estrechamente relacionados con los neurológicos.

Aunque no escribe obra alguna especialmente dedicada a las cuestiones psicológicas, hace referencias a estas en sus escritos científicos. Defendió en alguna ocasión, de un modo explícito, la constitución de una "psicología objetiva o histología psíquica" (Ramón y Cajal, 1905, XVI) que habría de relacionar ambos planos de fenómenos, los psíquicos y los fisiológicos, explicando estos a aquellos.

Sin entrar en los detalles de su concepción general, que fué evolucionando con el tiempo (Ibarz, 1994), recordaremos aquí que en 1895 publicó un trabajo luego muy citado, "Algunas conjeturas sobre el mecanismo anatómico de la ideación, asociación y atención", (Ramón y Cajal, 1895), donde se permitió expresar unas ciertas hipótesis en relación con los procesos psicológicos.

En primer lugar, consideró la percepción como resultado del trabajo de muchas neuronas; pero como en el sistema nervioso las excitaciones centrípetas acontecían en "avalancha", aumentando al ir hacia el centro los elementos activados, a una célula sensorial en la periferia habrían de corresponder muchas en el cortex, todo "un grupo de corpúsculos piramidales" (Idem, 499). Estos grupos serían no solo los factores activos en la percepción, sino también en el recuerdo, conservando "imágenes latentes" o "unidades de impresión" que podrían ser reactivadas mediante la activación voluntaria o una nueva experiencia. Semejanzas y diferencias de imágenes resultarían de la actuación de iguales o diferentes grupos celulares en el cortex; y la asociación entre grupos subyacería a las asociaciones de ideas, cuya actividad más o menos variable depen-

dería sobre todo de cambios en la neuroglía, verdadero "aparato aislador y conmutador de las corrientes nerviosas" (Id., 507). La neuroglía permitiría, con sus variaciones de tipo ameboide, aumentar o disminuir la circulación en ciertos puntos, y con ello, consecuentemente, la actividad mental se diversificaría, dando lugar incluso a su suspensión en el caso del sueño.

Cajal, como se ve, orientaba su pensamiento hacia una interpretación asociacionista de la psique. Lo interesante, sobre todo, es que veía en las funciones psíquicas la ocasión para formular hipótesis fisiológicas, que darían "un camino...a la observación y experimentación" (Id. 508).

De un modo más marginal, se interesó también por otros fenómenos psíquicos como la sugestión y el hipnotismo; en alguna ocasión hizo alusiones o borradores de hipótesis psicofisiológicas, y sobre todo, abrió la vía para unas investigaciones que hicieron de la neurología el centro de la atención, tal vez desplazando a un segundo plano las cuestiones estrictamente psicológicas, especialmente a los ojos de muchos jóvenes con talento, atraídos por el rigor y la importancia de esta escuela.

II. La versión "mundana" de la psicología.

Psicología y Generación del 98

Volvamos ahora la mirada hacia un campo bien distinto, caracterizado por la búsqueda de ideas y teorías que, desde la psicología, pudieran arrojar luz sobre la compleja realidad social de la época.

Con el desastre del 98, y con el afán de europeización del país, se dieron en España condiciones particularmente favorables a una lectura psicológica de los hechos sociales, que había de repercutir tanto en movimientos educativos como en proyectos colectivos, de renacimiento y regeneración nacionales.

Formados en la cultura de su tiempo, que era predominantemente psicologista, hubieron de aprovechar en cada caso sus ideas destinándolas a llenar aquellas porciones de su construcción que reclamaba una cierta idea de lo humano. En esta, como en otras muchas ocasiones, correspondió a la psicología una función que iba más allá de la mera comprensión de los problemas mentales, para alcanzar niveles de interpretación social que llegarían a formar parte de diferentes cosmovisiones y filosofías.

Los hombres de la generación del 98 estaban sustentados, en buena medida, en ideas que procedían más o menos directamente de una mentalidad propia del evolucionismo y el positivismo. Leyeron a Herbert

Spencer, y a Hipólito Taine, y también a Darwin, y a Ribot. Estaban, además, muy fuertemente influidos por las ideas acerca del *Volksggeist*, de los caracteres nacionales, que iban a desarrollarse de modo extraordinario, unas veces en su versión nacionalista, otras veces en forma más separatista o regionalista. Al fin y al cabo, tales conceptos alentaron muchos de los movimientos de resurrección de las culturas regionales por toda Europa, España incluida, y permitieron que tomara cuerpo la idea de la existencia de una "mente popular" propia, particularmente alentada por la culturas y lengua propias de grupos y colectividades. Recordemos tan sólo aquí, como síntesis de muchos otros trabajos orientados en esa dirección, el estudio de Alfred Fouillée sobre *Psicología de los pueblos europeos* (Fouillée, 1903), donde se trazan unas semblanzas-tipo de los varios europeos de la época, incluyendo al español entre otros, y opiniéndolo singularmente al perfil del anglosajón (Fouillée, 1903).

Con algunos antecedentes en las generaciones anteriores, particularmente en regeneracionistas e institucionistas, los jóvenes del 98 hicieron de la literatura una vía para fomentar la toma de conciencia colectiva sobre la propia realidad del país. Gracias a ello, se crearon unas nuevas visiones de España, de su paisaje, su historia, y sus gentes. Algunas englobaron la realidad del conjunto nacional, y mostraron frente a él un fuerte criticismo junto a un apasionado entusiasmo. Otras, en cambio, se inclinaron hacia una "interpretación separatista del descontento" (Marías), y volcaron su capacidad de pasión sobre el marco limitado de su región natal transformada en un nuevo 'todo'. La visión psicologista de las culturas y las lenguas como expresión de un *Volksggeist* dió consistencia a los nuevos afanes autonomistas de ciertos grupos, reactivos frente a una estructura centralizada resultante de los siglos precedentes. Y así, tanto en un sentido global o en perspectivas autonomistas, encontramos en los hombres de este nivel histórico un común elemento de reexamen de la realidad propia, desde el horizonte conceptual del *Volksggeist*, o espíritu de los distintos pueblos y culturas, cuya existencia se trata en todo caso de regenerar y restablecer. Lo interesante, para nosotros, es que en su vasta construcción estética y social fueron también capaces de introducir, como en un gran mural, algunos temas psicológicos hasta darles una inmediata proyección "mundana", hasta situarlos en el conjunto de preocupaciones dominantes en aquella hora histórica.

Aunque a nuestro juicio las raíces de Noventaiochistas y nacionalistas tienen uno o varios denominadores comunes, consideraremos sus esfuerzos de modo relativamente independiente. En general, hay en estos juicios un peso muy singular de los criterios psicopatológicos, desde los cuales se procuraba entender la perturbación social de la historia de nuestro país.

No está de más, ahora, recordar que en ese camino los hombres del 98 iban a coincidir con algunos otros espíritus de las generaciones anteriores: en particular, Macías Picavea, en *El problema nacional* (1899) incluyó entre los males de nuestra patria "la idiocia", la "parálisis de la evolución" y el "psitacismo", para terminar con "pérdida de la personalidad" y "desorientación", esto es, con la pérdida de la identidad personal y la desorientación histórica (Macías, 1996 [1899] 239-241): Más psicopatología para diagnosticar los males patrios... (Y Cajal, sin entrar en esa delicada esfera, se conformará con pensar que ha sido "el enquistamiento espiritual... a la manera de un tumor", lo que ha producido el atraso cultural entre nosotros [Ramón y Cajal, 1940, 262]: ya que no a la psicopatología, al menos la metáfora llega aquí a la patología médica...)

a) Los Noventaiochistas

El grupo de escritores que se integran en la generación del 98, y que en muchas ocasiones ocupan todo el protagonismo de la misma, constituye uno de los momentos más creadores y admirables de la literatura española. Azorín, los Machado, Ganivet Unamuno, Baroja, Valle Inclán, son nombres excelsos en el panorama de nuestras letras y en el de nuestra cultura. Todos hacen de España, de su realidad histórica y sus paisajes, un objeto de análisis, de estudio, y también de apasionada estimación y crítica.

El marco general viene dado por su preocupación por integrar los nuevos tiempos europeos con la realidad profunda de nuestra sociedad. La sociología, la psicología, en general las ciencias sociales, estaban llamadas a tener un papel protagonista en el tiempo que llegaba.

Por lo pronto, abundan las expresiones psicológicas en muchos de sus escritos. En una de las revistas que fundaron, *Juventud* (1901), hicieron una proclamación de intenciones llena de implicaciones y referencias al respecto. Querían satisfacer la "curiosidad" hacia lo nuevo y europeo, secundar ese "estado de alma", evitar la "indecisión de la voluntad" y "inclinarla virilmente con ímpetu juvenil a la dirección querida", hacer el "estudio de España...sobre todo en su aspecto social...". Y añadían: "Así sabremos qué es lo que necesitamos de lo moderno, cómo debemos adaptarlo y aplicarlo sin violencias, sin prisas, sin empeñarnos en el disparate de permutar nuestra alma latina por el alma sajona..." (vid. Granjel, 1959, 218 s.). ¿Tal vez una pura y literaria referencia al "alma latina" de nuestra sociedad? Tal vez no. Hubo en la época numerosas referencias a las 'almas latinas' y a las 'germánicas', cuya discutible

jerarquización dió pié a numerosas elucubraciones. Sobre todo, tales expresiones venían cargadas de connotaciones a las ideas de un Volksgeist o espíritu nacional de cada pueblo, que tanto los hombres del 98 como los regionalistas cultivados terminarían por invocar.

La obra de Ganivet

Atendamos primero a algunas de sus voces. Así, la de Angel Ganivet, muchas veces considerado el precursor de su generación. Este, en su *Idearium español* (1897:1944), propone a sus lectores una regla de conducta de raíz agustiniana: "Noli foras ire, in interiore Hispaniae habitat veritas" (no quieras ir afuera, en el interior de España habita la verdad) (Ganivet, 1944:151). Se propone aquí una transformación de la personalidad del español mediante el retorno a ciertos modos de ser tradicionales cuya índole se trata de descubrir. Este es un hombre que vive arraigado en un profundo voluntarismo: quiere poseer un privilegio que diga que está autorizado a hacer lo que le venga en gana. La clave del espíritu de nuestro pueblo reside en la voluntad, pero a la vez carece de normas a las que someterse.

Ganivet considera que la clave de la situación del pueblo español reside en su presente abulia. Hace, con ello, una apelación inmediata a la tradición psicopatológica de la época. Precisamente la escuela francesa ha laborado en torno a ese concepto. Ribot ha escrito un libro, ampliamente difundido por Europa y luego traducido al castellano, *Las enfermedades de la voluntad* (Ribot, 1922), donde está analizado aquel padecimiento del dinamismo mental, siempre complicado con aspectos intelectuales y atencionales. Es un claro ejemplo de ese uso 'mundano' de la psicología a que nos venimos refiriendo.

Esta abulia aparece como un trastorno crónico, estabilizado en nuestra sociedad. Estamos ante una voluntad que "actúa débilmente y rara vez llega a su término" (Id., 163). En general, afirma Ganivet, en la práctica domina el "no hacer" y en el campo de lo intelectual, de las representaciones, domina el "no atender" (Id. 165). De modo que "nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo" (Id. 165) pero en algunos casos, cuando una idea nueva se fija y carece de otros contrapesos, "arrastra a la 'impulsión violenta'" (Id. 164). El país se debatiría así entre el marasmo y el espasmo.

Junto a la psicopatología de la abulia, Ganivet maneja la psicología de las "ideas fuerza" de Fouillée, otra de las doctrinas dominantes en la época. Las ideas son no sólo representaciones sino factores dinámicos

de impulso y acción. Si la idea falta, o se desdibuja, disminuye el impulso de la acción; si se torna idea fija llevará a una conducta maniática, mientras la idea abstracta o repetida genera tan solo un débil impulso. Una acción enérgica y coordinada exigiría una coherente y organizada suma de ideas, que atraigan al deseo y que se ajusten a las condiciones del mundo del sujeto. Por eso Ganivet habla en varias ocasiones de hacer posible la "sociabilidad" de ideas, y con ello una convergencia de intereses y convicciones - o a su carencia y dispersión. Exceso de acción y falta de cabeza: tal será, a la postre, su diagnóstico sobre nuestro país (Id., 171).

Adelantándose a muchos otros intentos posteriores, se atrevió a relacionar las peculiaridades vitales de los españoles con las varias herencias recibidas de la historia: de los romanos, del cristianismo, de los visigodos, los árabes o el renacimiento. Incluso condensó en Don Quijote el tipo que encarnaría las propiedades o cualidades de nuestro pueblo. Y aunque el espíritu de éste ahora padecía de lacras, confiaba en sus posibilidades futuras al admitir que, a su juicio, "para la creación ideal no hay ninguno con aptitudes naturales tan depuradas como las nuestras" (Id. 184).

Estamos, pues, ante una aplicación de las ideas del "espíritu del pueblo" sistemática y ordenadamente aplicado a la comprensión del español. Más aún, hay una utilización fina de conceptos circulantes en la psicología de la época para acomodarlos a la tarea del diagnóstico social. Instalado en una visión que se muestra como ampliamente impregnada de positivismo, y psicología de los pueblos, este granadino precursor del 98 traza unas líneas que irán cobrando consistencia en la obra posterior de sus coetáneos, y que trazará la imagen básica con que interpreta esta generación la realidad patria.

La obra de Azorín

José Martínez Ruiz, "Azorín" (1873-1967) es uno de los más finos analistas de la realidad española, particularmente de su historia, aspiraciones y sueños, desde la lectura empática de los innumerables libros, folletos y panfletos que hacen presente la vida cotidiana de nuestro pueblo a lo largo de los siglos. A partir de un detalle sugestivo, de un rasgo o una pequeña imagen, ha sido capaz de revitalizar una época o un clásico, dotando de nuevo sentido a la realidad de nuestro país. Y ello lo ha llevado a cabo aplicando, entre otras cosas, unas pocas ideas procedentes del acervo de los psicólogos.

En sus primeras novelas, aquellas en que se da figura y cuerpo al personaje con el que terminaría por identificarse -"Antonio Azorín", un

pequeño filósofo- hay algunas de sus visiones más generales sobre las claves de la personalidad hispana.

Recordemos, por de pronto, la tesis que late en su novela, *La voluntad* (1902: 1906). Allí se llega a ciertas convergencias con el diagnóstico de otros compañeros de generación, como es el caso de Ganivet que acabamos de examinar. Allí, en efecto, pone su autor de relieve el peculiar estancamiento en que se ve envuelta la ciudad levantina de Yecla, donde un gran templo del siglo XIX y otros grandes edificios se ha quedado sin terminar. Azorín comenta: "Esto indica que en el pueblo yeclano hay un comienzo de voluntad, una iniciación de energía, que se agota rápidamente, que acaba en cansancio invencible" (Azorín, 1959, I, 991); y precisa: "Eso es Yecla: un pueblo místico...donde la intuición de las cosas, la visión rápida no falta; pero falta, en cambio, la coordinación reflexiva, el laboreo paciente, la voluntad" (Id.). Paralelamente a lo que sucede en su ciudad, en su entorno social, el protagonista de la novela, "nuestro amigo Azorín", resulta ser "un lamentable caso de abulia" (Ibid.).

El país padece de 'falta de voluntad', de 'abulia', de esa misma abulia que ha encontrado en su "ideario" Angel Ganivet. La voluntad se muestra impotente para emprender grandes acciones, y sobre todo para llevarlas a término. Como se ve, estas novelas azorinianas trazan una psicología colectiva con la que aspira su autor a interpretar la realidad española: "Lo que sucede en Yecla es el caso de España..." (Id.988), o aún más enérgico: "el porvenir de Yecla es el porvenir de España entera" (Id. 989).

Azorín no desdeña ocuparse de cuestiones psicológicas. Ya vemos que, en las novelas mencionadas, se inclina, como Ganivet, a un diagnóstico de "abulia" como lo habían formulado los psicopatólogos de la época -Ribot, Maudsley-. Nuestro autor, no se olvide, ha estado desde muy pronto interesado en cuestiones de criminología y tipología, en la línea de autores como Lombroso, ; incluso ha escrito algún ensayo sobre el tema, antes de consagrarse a la literatura; luego, en su madurez también sentirá una particular atracción por los personajes de psicología insólita - el loco cervantino Tomas Rueda ("el licenciado Vidriera") o los espíritus neurasténicos de algunas novelas, llenas de perspicaz sabiduría psicológica, según mostró hace muchos años ya el psiquiatra valenciano F. Marco Merenciano (Marco, 1947).

Tal vez hay en Azorín una evolución. Tal vez en él, como ocurrirá en otros miembros de su generación, aunque ha habido al principio un lugar saliente para los rasgos psicológicos, terminarán por centrar su atención en la trama menuda de la historia. Más que analizar un alma castellana, terminará él y otros compañeros de generación recalando en la explicación histórica, en la atención a la trama de innumerables vidas y sucesos,

si bien es cierto que Azorín seguirá pensando que el progreso en la historia no es sino "un poco más de sensibilidad", un afinamiento del sentido estético y moral que va encontrando inaceptables hechos y dichos antes no cuestionados.

*La obra de Unamuno.
Una visión desde la etnopsicología*

El caso de Miguel de Unamuno (1864-1936) es ejemplar, y en él se ven perfectamente las influencias que aquí analizamos. En sus años de formación dedicó mucho tiempo a la psicología. Aspiró en cierto momento a una cátedra de instituto de filosofía, que incluía la psicología, lógica y ética; ello le hizo preparar sus diversos temas, y leer las obras de Herbert Spencer, de Theodule Ribot; admite en varias ocasiones haber estado muy influido por los trabajos de Hipólito Taine, y no falta tampoco en sus páginas una fuerte presencia de los escritos de William James -para mencionar solo algunos nombres relevantes de la órbita psicológica de la época; lo cuenta así él mismo en una carta: "Difícil me sería precisar los orígenes de mi pensamiento, porque en un período de diez años, del 80 al 92, leí enormemente y de cuanto me caía en las manos, sobre todo de psicología (de psicología fisiológica, Wundt, James, Bain, Ribot, etc.) a que he hecho unas oposiciones, y de filosofía... aparte de mis estudios filológicos" [carta de M. de Unamuno a Federico Urales, cit. en Fernández, 1961, 21]. La "pasión por el método científico positivo...(y) por la idea del progreso...es ya evidente desde su tesis doctoral" (Blanco, 1970,48)

Desde sus primeros tiempos aborda la comprensión de España, en una actitud intelectual, a la vez que literaria, que luego nunca abandonaría. Uno de sus frutos maduros más conocidos es el conjunto de ensayos que forman su libro *En torno al casticismo*. Como ensayos, aparecieron en 1895, viendo luego la luz como libro siete años después, en 1902, con un importante prólogo.

En sus páginas Unamuno reacciona ante el estado de marasmo y apatía de la sociedad buscando una comprensión del alma española, y bucea en la realidad profunda del pueblo español, tratando de ir por debajo de la superficie de los acontecimientos. Ahí latía, a su juicio, lo que llamará "la intra-historia", en cuyo trasfondo se vislumbra la traza de toda una doctrina psicológica.

Conviene ante todo dejar claro el nivel en que se mueven estos ensayos. Lo que Unamuno busca es determinar el "Volksgeist" de España. Por "Volksgeist" entiende una realidad social no consciente, "una verdadera

subconciencia popular.." (Unamuno, 1958, III, 299). Forman su contenido representaciones, valores, sentimientos, que forman la cultura de un pueblo, y que condicionan y determinan parcialmente la mentalidad de sus individuos. En el mencionado prólogo de 1902, presenta ejemplos de 'intra-historia'. Menciona ahí las costumbres de noviazgo y boda, los decires populares - del 'tío Corujo' o de la 'tía Mezuca' -, y los estudios de lenguaje (Id., III, 164-5). Resulta evidente la identidad de los objetos de la "intra-historia" con los de la etnología y el folklore que por aquella época estaban estudiándose como vía de acercamiento al supuesto "Volksgeist" de un pueblo. Empeños no demasiado alejados del que Unamuno emprendiera podrían ser los de Sumner (*Folkways*, 1906), y también los que comenzaría a realizar E.A. Chavez sobre el carácter mexicano hacia 1900 (Díaz Guerrero, 1996). Tal vez su modelo inmediato haya sido, precisamente, la gran obra de Taine sobre los *Orígenes de la Francia contemporánea*, que Unamuno reconoce haber admirado extraordinariamente en sus primeros tiempos.

También quiso mostrar "algo de la intra-historia de mi pueblo" (Unamuno, 1958, III, 167) en su novela "Paz en la guerra". Se trata, en todo caso, de determinar unos "caracteres nacionales" formados en la sociedad a través de la historia y que se sobreponen a las mentalidades de los individuos. Aunque el fondo es histórico, resultado de experiencias y de acontecimientos del pasado, se convierte de algún modo en algo intemporal, el 'carácter nacional' (III, 282), que proporciona cierta "herencia mental" a los individuos nacidos y formados en cada comunidad.

Unamuno proyecta sobre los fenómenos sociales un esquema psicológico basado primero en el análisis de la individualidad personal. El espíritu de cada hombre contiene estratos o niveles distintos. Algunos son universales (el "hombre que duerme dentro de todos nosotros" [Id., III, 183], o también "la tradición eterna [que] es el fondo del ser del hombre mismo" [Id., III, 187]); otros son estrictamente grupales, y proceden de las particulares sociedades (los "caracteres nacionales" (III, 188); finalmente, aparecen las peculiaridades propias de cada individuo. Ahí se ve que la nación o el pueblo dejan una impronta esencial en el ánimo individual. Es esta una concepción antropológica enormemente cercana a las ideas krausistas de la época, como ha mostrado recientemente Quintana en un agudo análisis de la misma (Quintana, 1998). El krausismo, en efecto, combina un hombre universal racional con los elementos propios de la realidad individual, como se ve bien en la psicología de Giner a que ya nos hemos referido.

Conviene trazar sumariamente los rasgos del análisis unamuniano del ánimo humana.

El dinamismo representa la base de lo mental; hasta la inteligencia, dirá, "es forma de voluntad" (Id., III, 231). Unamuno es un fiel lector y traductor de Schopenhauer. La conciencia tiene, como han dicho los psicólogos de la época, un carácter vital, y una naturaleza ideo-motora (Carpenter, James): toda representación empieza y termina en forma de acción, y la verdad efectiva termina siendo un hábito (Id., III, 263). En uno de sus primeros ensayos, Unamuno dirá que es una ley psicológica "la de la convertibilidad de la acción y de la idea, la identidad esencial de la sensación y el movimiento. Pensar es obrar..." (III, 348). Pero es en todo caso un dinamismo compensado: los seres han de estar "en equilibrio con el ambiente asimilándose lo de fuera" (Id., III, 279).

La realidad psíquica, incesantemente fluente, posee continuidad, base de la personalidad de cada uno, que se torna consciente en la forma precisa del 'yo' de cada cual (Id., III, 218-9). Pero sin embargo no todo es consciente. En la psique individual, los contenidos conscientes estarían orlados de elementos inconscientes - que prefiere llamar "intra-conscientes" [Id., III,218] -, los cuales sirven de transición entre unos estados y los siguientes. Ahí radica su importancia, ya que garantizan aquella continuidad.

Piénsese en lo que ocurre en el campo del conocimiento. Todo conocimiento supone distinguir algo de entre un fondo de elementos más o menos semejantes, que forman una especie de nimbo representacional propio de una idea, que la relacionan con otras de la experiencia vivida. Unamuno piensa que en unos casos, la conexión de la idea con las demás, que produce esa integración de elementos, es rica y vivaz; otras veces el conocimiento solo nos da un contenido desconectado, aislado de la serie de pensamientos con los que habría de haber sido visto (Id., III, 221). En el primer caso, tendremos un "hecho vivo", lleno de vinculaciones y transiciones; en el segundo, en cambio, estaremos ante un "hecho en bruto", esto es, falto de asociaciones, falto de vitalidad. Esto crea importantes diferencias entre los espíritus: unos lo relacionan y conectan todo, mientras otros viven en disociación.

Aquí cree Unamuno descubrir un factor característico del español (Id., III,285): éste sería un espíritu que vive en desconexión. Por eso piensa que en nuestra sociedad se da "un enorme tiempo de reacción psíquica", es decir, que tarda mucho en impresionarse, y tarda también mucho en desechar una actitud o idea añeja (Id., III, 288). Es un rasgo de nuestra "casta", de nuestra mentalidad colectiva, que según él explica muchas cosas.

Esa idea de la disociación mental la persigue Unamuno por la más varia literatura, desde la del Siglo de Oro a la de su propia época. Ella

explicaría, por lo pronto, una serie de disociaciones: entre ciencia y literatura (Id., III, 285); entre juventud anémica y fuerza vital creativa (Id., III, 290); entre alumbrados y quietistas (Id., III, 267); entre "voluntariedad simplicista" y fatalismo (Id., III, 233); más aún, entre lo sensible y lo conceptual, entre el idealismo y el realismo (Id., III, 264), y, en fin, se distancia Don Quijote de Sancho Panza - dirá Unamuno recordando nuestro gran mito.

Ese fondo disociado del alma española tendería a hacer de sus individuos unos seres tenaces, individualistas, anárquicos, al tiempo que aborrecedores del trabajo y la industria. Estaríamos ante un "alma castiza, belicosa e indolente" (Id., III, 238), cerrada hacia afuera -"individualismo"-, pero también carente de la riqueza y las complejidades de una rica "personalidad" (esto es, según él, lo que distanciaría los personajes esencialmente humanos de Shakespeare de las abstractas idealizaciones calderonianas).

Del examen de las almas individuales Unamuno pasa a considerar el "Volkgeist", y de éste a aquellas, en una suerte de oscilación entre un macro- y un microcosmos.

Y no se conformará con describir la dolencia, sino que propondrá una solución.

Frente a la disociación, hay que promover la integración, y eso en todos los órdenes. De ahí que en ese gran ensayo inicial sobre el casticismo su autor abogue reiteradamente por la muerte de don Quijote, de modo que permita la reaparición de Alonso Quijano el Bueno. En éste es en quien los extremos antes descoyuntados vendrían al fin a reconciliarse (Id., III, 280). Paralelamente, Unamuno expresará su propio proyecto intelectual como una acción reintegradora, unificante de pensamiento y sentimiento: "Siente el pensamiento / piensa el sentimiento...", es la conocida expresión poética de su personal afán.

Lo interesante, desde nuestro punto de vista, es que este análisis del 'alma castellana' se opera gracias al uso de conceptos y recursos que proceden de la psicología. Su autor recoge ideas de muchos lugares y procedencias. Unas, patentemente, vienen de las obras de W. James: es lo que ocurre con la tesis del flujo de la conciencia, la prioridad de la voluntad sobre la inteligencia, o la existencia de aquellos estados transicionales inconscientes sobre los que se montan los otros plenamente conscientes; también resultan próximas la teoría ideo-motora de la conciencia, y, más aún, la concepción adaptativa de la vida mental, útil para la supervivencia del organismo; el pragmatismo, en una palabra (Fernández, 1961). Pero muchas otras tienen distinta procedencia. La tesis de la desintegración mental, como base de la degeneración psi-

cológica, ya había sido vista con plenitud por la escuela asociacionista francesa, de Taine a Janet, pasando por Ribot -la mente sana tiene fuerza para unificar y separar pensamientos; la que está debilitada, ve desintegrarse esa unidad.

Unamuno asume con toda claridad un riguroso asociacionismo: "Figuras -escribe al comienzo de su ensayo (Id., III,218)- astros rodeados de una extensa atmósfera etérea cada uno, que se acercan en sus movimientos orbitales, y fundiéndose sus atmósferas forman una sola que los envuelve y mantiene unidos y concertados, siendo la razón de su atracción mutua. Esta doctrina, que conocen cuantos la han leído aplicada hermosamente por el padre Secchi a la física toda, es la que mejor aclara metafóricamente la constitución de la mente humana" (Id., III, 218). Se trata, claro, de un asociacionismo, donde la integración final, como ya hemos visto, resulta de una serie de atracciones que agrupan elementos no conscientes, formándose condensaciones que luego se alzan al plano de la conciencia, hasta llegar "en lo alto" al "yo conciente, la idea que tenemos de nosotros mismos" (Id., III, 219).

La influencia de Taine parece haber sido muy determinante de algunas de las tesis de Unamuno (Juaristi, 1997, 95). El primero se refirió a la conciencia, como a un "polípero de imágenes", que, como ocurre en el ejemplo marino, contendría una incalculable cantidad de elementos reunidos, muchos sumergidos mientras que emergen tan solo algunos pocos (Taine, 1944, I,94). Ahora bien, ya hemos visto que para Unamuno las conciencias individuales se montan asociativamente, en gran medida sobre contenidos nacionales, comunitarios, sociales, que a su vez estarían sostenidos sobre un estrato más básico, sobre un fondo de pura y llana humanidad. En este punto se ve cómo convergen en la obra del gran vasco las ideas de humanidad propias del pensamiento krausista, y aquella otra concepción de humanidad supranacional propia del socialismo. Ambas diríanse alentar en este Unamuno de 1895, que se ocupaba de esclarecer el "Volkgeist" español a través del estudio de su mentalidad colectiva, de la mente de su "casticismo".

Incidentalmente, hallamos una confirmación de esa actitud en su muy temprana posición crítica ante la psicología wundtiana. Frente al estudio que Wundt propuso hacer de la mente típica, del sujeto promedio, Unamuno preferirá orientarse hacia una comprensión inmediata de lo concreto, inclinándose hacia la intuición bergsoniana en lugar de hacerlo hacia la abstracción escolástica. En uno de sus escritos juveniles dejó ver con nitidez su personal posición: "la psicología se reduce hoy, en general, al estudio de los fenómenos psíquicos, de los estados de conciencia, más bien que extenderse al de los individuos concretos... La psicología en su

grado y fase actual desindividualiza, muestra en vez de almas (complejos concretos de estados de conciencias) tejidos de fenómenos anímicos y, sobre todo, nos presenta al hombre promedio típico, a verdaderas abstracciones, no a realidades concretas" (Id. III, 350). Y aún llega a más:

"Se ha explorado científicamente todo lo que está alrededor, debajo, encima tal vez de los fenómenos psíquicos; pero en cuanto a éstos, en su esencia, el conocimiento intuitivo, poético es todavía el único seguro. Más psicología propiamente tal se aprende en Shakespeare o en Balzac, que en Wundt, en Ebbinghaus o en James. La psicología es más bien un arte" (Unamuno, 1958, X, 194).

Unamuno elegirá, pues, la intuición frente a la explicación, la poesía frente a la ciencia. Estamos ante una pieza clave de su metodología. En efecto, intuición no significa introspección. Unamuno, como Taine, como Ribot, no es partidario de una psicología de introspección; ésta para nada sirve con los individuos y con los pueblos (Id., III, 195). Intuición ha de significar hermenéutica, o si se prefiere, vivificación. El conocimiento, tanto en el caso del individuo como en el de la sociedad, ha de empezar por hechos, datos objetivos. A partir de las obras podemos llegar a inferir el carácter porque "obramos según somos, y del conocimiento de nuestras obras entramos al de nosotros mismos... puesto que, en resolución, no es cada cual más que el primer prójimo de sí propio" (Id, III, 194)

Pero al conocer, recuérdese lo dicho antes, hay que integrar aquello que se conoce con el flujo de elementos en que por fuerza se halla inserto. Esto es lo que llama conocer un "hecho vivo", y no un mero "hecho bruto". Ya vimos que éste último está desintegrado del contexto; en cambio, conocer un hecho "vivo" por fuerza ha de significar "rehacerlo en nuestra mente, reproduciendo su proceso" (Id., III, 221), verlo en su génesis, intuirlo en su generación. Y ahí precisamente es donde está la intuición, que sin duda se ha de nutrir de experiencia e imaginación.

Tampoco el conocimiento del *Volkgeist* es cosa que sea posible mediante la introspección. También ahí hace falta aquella intuición o vivificación. En definitiva, a un pueblo, lo mismo que a un hombre, se les conoce a través de su historia (III, 195). Es lo que ha intentado él mismo hacer a través del estudio del "casticismo" español.

En estas consideraciones de Unamuno parecen resonar algunas ideas bergsonianas, pero aún más pueden verse anticipaciones de algunas de las grandes tesis de Ortega sobre el conocimiento vital de lo humano.

Como se ve, desde las reflexiones psicológicas Unamuno fué a parar, por un lado, al conocimiento literario e imaginativo de la persona (Marías), y de otro, a una visión del espíritu colectivo de España, que condicionaría y determinaría las mentes individuales, y que resultaría adquirido por el

individuo mediante interacción social con su grupo. "En nuestro estado mental llevamos también la herencia de nuestro pasado, con su haber y con su debe. -[Y añade:] No se ha corregido la tendencia disociativa; persiste vivaz el instinto de los extremos...", (Id., III, 285). Precisamente ahí está la nota decisiva del "Volksgeist" del español: su disociación mental (Id., III, 232), como ya se ha dicho.

Y con ello, ya estamos nuevamente -como nos ha acontecido con otros compañeros de generación- en el horizonte de la psicopatología, para tratar de problemas sociales y nacionales. Nos movemos en un análisis psicológico de la realidad histórica de nuestro "Volksgeist" que claramente se corresponde con la exploración ganivetiana y que se apoya en ideas y teorías psicológicas y psicopatológicas propias de su época. En esto, Unamuno no hace excepción - si bien, no se olvide, esto ocurre con su pensamiento de fin de siglo. En efecto, pocos años más tarde, sus ideas habrán variado considerablemente, y por debajo de cualquier "Volksgeist" nacional hallará latiendo en cada persona la estructura esencial del ser humano destinado a morir, un ser que es rebelde frente a esa misma muerte y se halla dominado por un "sentimiento trágico".

En todo caso, por debajo de otros estudios más 'escolares', hallamos aquí, en la obra de Unamuno, un uso 'mundano', creador y profundo de las teorías psicológicas contemporáneas, empleadas para buscar la comprensión de una realidad social pungente y desasosegante, como era la España del 98.

OTROS ESTUDIOS NOVEINTAOCHISTA DEL VOLKSgeist ESPAÑOL

Unamuno situó su esfuerzo junto a las reflexiones de otros autores, decididos a "aplicar el 'conócete a tí mismo' colectivo", y reunidos en una serie de estudios "acerca de la psicología de nuestro pueblo" (Unamuno, 1958, III, 158). Reconoció explícitamente su afinidad con otros ensayos intentados por otros autores en aquellas fechas. En ese grupo coloca algunos libros a los que se refiere explícitamente: "las más de las investigaciones de Joaquín Costa", *El alma española* de Azorín, el *Idearium español* de Angel Ganivet, *El problema nacional* de Ricardo Macías Picavea, *Hampa* de Rafael Salillas, *La moral de la derrota* de Luis Morote, *Hacia otra España* de Ramiro de Maeztu, *Psicología del pueblo español* de Rafael Altamira, y, además, *The Spanish people* de Martin Hume y *Romances of Roguery* de F.W. Chandler. Era, pues, toda una amplia gama de reflexiones nacidas de un mismo tiempo y unos mismos problemas.

Veremos ahora algunas de estas grandes construcciones explicativas del espíritu hispano salidas de las plumas de dos de los grandes historiadores de ese grupo, Rafael Altamira y Ramón Menéndez Pidal.

La construcción de Altamira -*Psicología del pueblo español*- es contemporánea de los primeros libros de Azorín y Baroja. Su primera edición es de 1902; - la segunda, apareció en 1917 y contiene adiciones y juicios referidos al momento. La de Menéndez Pidal -*Los españoles en la historia y en la literatura*- es muy posterior, pero actualiza y renueva juicios y opiniones contemporáneas al libro de Altamira, a los que su autor parece haber venido dando vueltas a lo largo de su vida. Ambos trabajos dejar ver con claridad el modo de aproximación que los hombres de esa generación han practicado al acercarse a los temas sociales y humanos.

Rafael Altamira (1866-1951), historiador y sociólogo, iba a reaccionar ante el problema del 98 buceando en la psicología de las reacciones derivadas del suceso. Confiesa en su libro estar preocupado por la ola de pesimismo que siguió a lo que entonces ya se llamó "el desastre", el 98, y también por la "falta de solidaridad nacional" entre diversos grupos de españoles - lo que luego llamaría Ortega en *España invertebrada* el "particularismo", esto es, los fenómenos regionalistas y separatistas.

Su obra se inscribe dentro del género de aquellas vindicaciones nacionales que han tratado de enfrentarse a las varias formas de leyenda negra que sobre nuestro país han caído (Palacio, 1986). Pensaba en la necesidad de una reforma de la sociedad mediante la educación, y pretendía en su libro rechazar los juicios negativos y los diagnósticos desesperanzados que habían aparecido y que negaban la capacidad de nuestro país para un futuro "renacimiento". Aunque no era psicólogo, basó su estudio en un intento de esclarecer la psicología de los españoles: "Mi tesis y mi argumentación descansaban de modo ineludible sobre investigaciones relativas a las cualidades psicológicas, presentes y pasadas, de nuestro pueblo" (Altamira, 1917, 13).

Para empezar, admite la existencia de grupos nacionales, con aspiraciones y tendencias definidas, que operan en la escena internacional, como "el eslavismo, el germanismo, la fraternidad latina..."(id., 1902,25-6/1917,44). No se trata de realidades biológicas (id.,1917, 49), sino sociales, manifiestas a través de costumbres, la ciencia o el arte. Aparece vista la nación bajo la perspectiva de una determinación psíquica, que se fundaría en " cierta unidad más o menos concreta en los intereses, creencias y aspiraciones, en el ideal y el sentido de la vida" propias de un grupo humano (Id., 1902,38-9; 1917, 57). En el caso español, nos las habemos con una unidad colectiva, ya que desde comienzos de siglo ha habido "disociaciones espirituales", esto es, movimientos de separatismo político.

Para Altamira, esto indica que "el problema de nuestra psicología entra en una fase crítica" (Altamira, 1917, 80) porque regionalismo y separatismo significarían "divergencia psíquica" (Id.81), esto es, fraccionamiento de la unidad. Frente a ello se levanta la discrepancia de Altamira de modo enérgico, quien dirá: "sigo creyendo...en la realidad de una psicología española." Y añade: "Creo en ella sinceramente, científicamente, sin la menor intención política" (Id. 82).

En el caso de nuestro país, la emergencia de las posiciones regionalistas separatistas ocurre al mismo tiempo que se da tanto la crítica noventaiochista como las exigencias de regeneración nacional. Ello mostraría las claras implicaciones entre las varias interpretaciones del *Volksggeist* y los movimientos políticosociales dentro de sus unidades diferenciales. A través de la creencia en el *Volksggeist*, puro objeto filosófico en las manos de los idealistas como Fichte, luego materializado en contenidos psicológicos, se ha ido de hecho consolidando la tensión separatista dentro de nuestra sociedad. Los mismos conceptos psicológico-filosóficos que han servido de base a la corriente regeneracionista habían de servir también de apoyo a los grupos separatistas en la España contemporánea.

Para Altamira había en efecto "una psicología española" (Id. 82), donde se ha de subrayar tanto lo de española como lo de que era 'una'. Tanto o más que ciertas notas del pasado hispánico (el armonismo que supera contrarios, el criticismo que libera al sujeto de los autoritarismos, el realismo "que liga toda especulación a los problemas de la vida práctica", y la intuición que adelanta innovadoramente -Id., 142, 3.), le interesaba afirmar que se trataba de notas modificables. Especialmente subraya que el espíritu contemporáneo español padecía de falta de patriotismo, excesivo afán por los formalismos, escepticismo y falta de confianza en el valor práctico del saber, y desorientación respecto al futuro, rasgos todos que requerían examen y remedio a través del proceso de la historia.

El estudio de Altamira une al interés de su análisis otros dos méritos. Uno, indisputable, el de su título, que hace inmediatamente pensar en la compleja problemática de la "Völkerpsychologie" y su aplicación a la realidad social española; y segundo, una muy interesante documentación sobre este tipo de estudios hasta la época, que lo enriquecen de modo notable.

El otro caso a considerar es el de la aportación de Ramón Menéndez Pidal a la caracterización de unos rasgos propios del espíritu español, tanto de su creación literaria como de su acción histórica. En dos famosos prólogos, uno a su monumental *Historia de España (Los españoles en la historia)*, el otro a la *Historia General de las Literaturas Hispánicas* dirigida por G. Díaz Plaja ("Los españoles en la literatura", 1949), procuró trazar

los perfiles distintivos de una hipotética alma colectiva de los españoles. La literatura, los sucesos y conflictos de nuestra historia le aparecen bajo la perspectiva de una interpretación psicológica, de psicología colectiva. Conviene notar que este intento tiene ya antecedentes en obras muy anteriores del propio autor (Pérez Villanueva, 1991). En un ensayo sobre "Algunos caracteres primordiales de la literatura española" (Mz.Pidal, 1918), se encuentran ya muchas de sus ideas, luego desarrolladas en su mencionado prólogo "Los españoles en la literatura".

El gran historiador y lingüista aspiraba a captar ciertos 'caracteres nacionales' de los españoles en la historia y la literatura, y busca "aptitudes y hábitos históricos", no inmutables, pero sí estables y consistentes a lo largo del tiempo.

El supuesto general podría relacionarse con la idea de una "personalidad básica" (Dufrenne) que marcara las líneas generales de las mentalidades individuales, de modo que afirma: "Que el acto individual participa de los caracteres dominantes en lo común tradicional de cada nación, es hecho que pertenece a la experiencia de todos" (Mz.Pidal, 1951, 161). Se trata, pues, de que los comportamientos individuales están impregnados por unos "caracteres nacionales", versión simplificada de la teoría del Volksgeist y aplicada así a las creaciones artísticas, lingüísticas y sociales.

Es cierto que tales rasgos arraigan no sólo en el sujeto, en sus "aptitudes" o personalidad, sino también en las "circunstancias históricas", en la experiencia histórica. Esto significa que las semejanzas entre individuos de diferentes épocas pueden estar promovidas por procesos de aprendizaje e imitación que impelen a ejecutar "actos semejantes", aunque haya cambiado "la composición racial de la colectividad" (Id. 162). Esto quiere decir que son los usos o vigencias, -quizá lo que él llama "actos tradicionales" (Id.164)- más bien que las semejanzas biológicas lo que explicaría la existencia de una determinada manera más o menos constante de hacer frente a ciertas situaciones y problemas.

De todos modos, ello no impediría a su juicio que hubiera ciertos rasgos dominantes en esta personalidad colectiva. Subraya en primer término una nota: la 'sobriedad', presente bajo varias formas: un senequismo conceptual, un desinterés por lo material, e incluso cierto "descuido en el estudio" (Id. 169), o la misma improvisación. Menciona también otros rasgos: el pragmatismo -arte para la vida, para las mayorías, no para los grupos cultos-, de muchas empresas, la tendencia al aislamiento, el desprecio a lo innovador y falta de apoyo las creaciones individuales tempranas, mientras que en cambio se tiende a persistir en tendencias pasadas, dando "frutos tardíos" en la cultura. Tales serían para Menéndez Pidal algunas de las manifestaciones de aquel rasgo.

A lo largo de una finísima revisión de anécdotas y datos de la historia, cree descubrir también una tendencia al idealismo, o "idealidad", que hace que se estime en poco la vida; y un individualismo, una fuerte y continuada insolidaridad social, con dominio de la envidia, sometimiento de la ley a los casos y las personas. Y lo que es más importante: como resultado de dos distintas constelaciones de valores existentes en nuestro pueblo, vendría latiendo en la sociedad española una división en dos -"las dos Españas" (Id., 1951, cap. v)- que cruza la edad moderna y termina enfrentándolas en conflictos y guerras interiores.

Menéndez Pidal, al igual que en los otros espíritus del 98, presta aquiescencia a la tesis de la existencia de un singular espíritu colectivo, fraguado en buena medida en la historia y presente en las obras y creaciones culturales más representativas.

Al hilo de una vastísima información histórica, se trata de un intento de descripción y análisis de una hipotética personalidad colectiva en la cual se subraya su condición adquirida o aprendida. El gran filólogo evita caer en cualquier forma de determinismo y mecanicismo, al ver con claridad que la realización de ese carácter ocurre a través de los acontecimientos históricos (Marías, 1966).

Resumiendo: A una misma altura de la histórica, como es ésta de la generación del 98, los varios miembros de la misma han hecho frente a las mismas cuestiones, para decir cada uno su palabra y su esperanza. Y al hacerlo, han recurrido a unas doctrinas psicológicas que circulaban por su entorno, y que se ofrecían como instrumentos adecuados para la tarea que se pretendía realizar.

NOVENTAIOCHO, VOLKSGEIST Y SEPARATISMO

Usualmente vemos el espíritu del 98 a través del prisma de ese grupo generacional que ha sentido el patriotismo bajo la forma de quehacer intelectual y artístico, y cuya obra ha manado en gran medida a partir de un dolorido sentir que tendría a España como centro de su preocupación (Franco, 1998; Laín, 1962). Pero no podemos olvidar que el 98 significa un momento de desintegración colonial que estuvo acompañado por un paralelo movimiento de particularismo y separatismo regionalista dentro del propio territorio peninsular, en cuyas raíces latía una análoga idea del "espíritu nacional" o *Volksggeist* que también se daba, como hemos visto, en los otros noventaiochistas - igual pero de sentido divergente, naturalmente (Tuñón, 1986).

Desde mediados de siglo, por influencia del romanticismo europeo, aparecen brotes de nacionalismo en varios lugares de España, que impulsan

la descentralización del poder, el rechazo al mundo cortesano, y sienten de uno u otro modo la atracción hacia un federalismo. En la década 1880-1890, en el País Vasco, se ponen en marcha las Fiestas Euskaras, la *Revista Euskara* (1878), la *Revista de las Provincias Vascongadas* (1878), la *Revista de Vizcaya* (1885) - en ésta última empieza a publicar Sabino Arana-, y en 1879 aparece la *Amaya* de Navarro Villoslada, mientras que en 1893 Arana formula ya lo que habrían de ser los principios de su nacionalismo (Juaristi, 1997,73).

Por los mismos años, tras el brote federalista, el nacionalismo catalán, ya pasados los sencillos fervores de los *Jocs florals*, inició su andadura ideológica por los años 90, cuando se consolida la Unió Catalanista con la publicación de las "Bases de Manresa" (o "bases per a la constitució Regional Catalana") (1892), y poco más tarde E. Prat de la Riba y Muntanyola dan a luz su "*Compendi de la Doctrina Catalanista*" (1894), y Prat avanzará explorando la cultura y la lengua, como hechos diferenciales del espíritu de Cataluña, hasta la consolidación de sus ideas en *La nacionalitat Catalana* (1906) (Balcells, 1991). En el otro extremo, en Galicia, en 1889 Alfredo Brañas (1859-1900) publicó un libro, *El Regionalismo*, en que, a decir de A.R. Castelao, "se concreta, por primeira vez, en doutrina política, xa nacionalista, as vagas aspiracións sentimentaes do pobo galego" (Castelao,1986,63): Brañas hacía de la región "la agrupación de familias y municipios o comunidades, ligadas por ciertos lazos naturales y que gozan de una existencia social autónoma dentro de los Estados independientes" (Brañas, 1889/19, 36); no buscaba el federalismo, pero sí una descentralización donde no peligrara la unidad nacional, y permitiera la actividad propia de la región -con su suelo, sus costumbres, la enseñanza publica, la idiosincracia individual, el derecho y la justicia, "que forma el verdadero elemento psíquico, el *alma* del regionalismo" (Id., 59)

Este movimiento, que no se muestra como algo idéntico en sus varias manifestaciones, y cuya complejidad no vamos aquí a examinar, presenta, análogamente a lo que vemos en los textos de los autores del Noventaiocho, una misma preocupación: la de regenerar el espíritu o *Volksgeist* de cada una de esas 'nacionalidades', expresados en sus lenguas y culturas vernáculos respectivas, y demandar, en base a sus realidades diferenciales, un correlativo estado político en mayor o menor grado autónomo.

Recordemos que en 1886 Valentí Almirall (1841-1904) publicó *Lo catalanisme*, y en él, junto a una afirmación rotunda de voluntad de cientificismo y positivismo, mantiene una defensa de la pluralidad y variedad dentro de la nación, lo que llama "particularismo". Aspira así a distinguir entre las relaciones exteriores, propias del estado central, y las

interiores, donde habría de cederse un amplio margen a la peculiaridad de los pueblos que integran la variedad del país. Coetáneo de Costa, es también un regeneracionista, que lucha contra la degeneración de la nación. Almirall, al hacer su análisis, habla de varias 'razas', que al final reduce a dos, la catalana (pirenaica o nordoriental) y la castellana (o 'central-meridional') (Almirall, 1979, 32). Esta es 'idealista' y dada a las abstracciones como don Quijote, mientras la primera es positivista y práctica, a semejanza de los pueblos anglosajones (Id. 33). Dominados los catalanes por sus facultades 'reflexivas', despreciarán las formas y tenderán a aparecer como 'interesados y mezquinos' (Id, 57), mientras los castellanos se apasionarán por lo abstracto y el afán de 'predominio' (Id.42). Así que hay un elemento importante diferencial entre las distintas mentalidades de las razas que conviven en el país, y que por ello mismo requeriría una regionalización y descentralización que atendiera a las particularidades de las mismas.

Pocos años después, Josep Torras i Bages (1846-1916), luego obispo de Vich, publicó *La Tradició Catalana* (1892), expresión de un nacionalismo conservador y fuertemente clerical que iba emparejado con los ideales carlistas, de gran calado en el mundo del campo catalán. Aquí ya empieza a hablarse de un 'espíritu nacional' que se liga a la nación, a la lengua y la cultura, y por supuesto, a la fundamentación religiosa de la mentalidad del grupo. Lengua y espíritu nacional, lengua y autonomía social y política, son los conceptos que van a reaparecer desde entonces inacabablemente, y que, con claridad se ve, estaban fundados en una visión que hacía del "Volkgeist" su verdadera base conceptual. Esta idea aparece formando el núcleo ideológico del libro de Torras y Bagés: En sus "Pensaments sobre l'esperit nacional", que forman el capítulo primero, ya se lee que "lo rebutjar la existencia del esperit nacional es despreciar la nació, es destruir la historia, la literatura y la filosofía d'un poble y fins sa l'legislació" (Torras, 1906, 13).

Cuando llegamos a Enric Prat de la Riba (1870-1917), gran artífice de la primera construcción política que dará cuerpo a los ideales catalanistas a través de la Mancomunitat, estamos ya indudablemente ante un miembro, por nacimiento, de la generación del 98. Prat tampoco duda en referirse a la existencia de un "espíritu nacional" que está a la base de la "individualidad de la nación catalana":

"Aqueixa transformació de la civilització llatina en civilització catalana, és un fet que per ell sol, sense necessitat de cap altre, demostra l'existència de l'esperit nacional català. Encara que després d'engendrar la llengua catalana no hagués produït res més, l'ànima del nostre poble ens hauria ja revelat les ratlles fonamentals de la seva fesomia, estampades en la

fesomia de la seva llengua. Però, per més que la unitat del poder polític no hagi acoblat mai totes les energies nacionals dirigint-les al compliment del ideals col·lectius, l'esperit nacional de la gent catalana ha deixat sempre rastre de la seva existència en totes les èpoques de la història, s'ha manifestat en altres fets, que en conjunt formen un altra prova incontrovertible de la individualitat de la nació catalana" (Prat, [1906]1978, 89). Aquí, el 'espíritu nacional' se distiende hacia el pasado y el presente, y proporciona la base esencial para que se conciba aquella "individualidad" que parece corresponder a los catalanes. Y este espíritu enlaza inextricablemente con la lengua, cuyo resurgir avanza por aquellos años concentrando los esfuerzos de los grupos más activos en el marco del catalanismo.

Si nos trasladamos al País Vasco, la idea del "Volksgeist" se reafirma aún más en la concepción claramente biológica y fundada en una idea física de raza defendida por Sabino Arana (1865-1903) para el pueblo euskera. Este pueblo es una verdadera raza 'sui generis'; es un pueblo completamente distinto del 'español' por una serie de factores: mientras el 'español' resulta ser un "producto de todas las invasiones que han ocurrido en la península desde hace más de cuarenta siglos", la raza bizkaina "pertenece a la raza que habla la lengua llamada euskera. Esta raza originalísima no es celta, ni fenicia, ni griega, ni latina, ni germana ni árabe, ni se parece más que en ser humana a ninguna de las que habitan el continente europeo, el africano, el asiático, el americano y las islas de la Oceanía. Está aislada en el universo de tal manera que no se encuentran datos para clasificarla entre las demás razas de la Tierra. Luego el bizkaino no es español por la raza..." (Arana, 1978, 52-53).

Tanto Arana como Prat son Noventaiochistas. También sobre ellos, como se ve, ejerce su fuerza la idea del "espíritu de los pueblos", que les impele a regenerar lo que creen que es el pueblo de cada cual - el catalán para el uno, el vasco al otro. La psicología de los pueblos, que Wundt y otros han defendido, no deja de tener una resonancia entre nosotros, y además, una resonancia de incalculable alcance político. Ciertamente, no es un fenómeno solo español, sino de dimensiones ampliamente europeas. Los desarrollos de las particularidades regionales y nacionales han florecido en otras latitudes, de la Cerdeña a Irlanda, de Centroeuropa a los Balcanes, y, naturalmente, también ha crecido en las antiguas colonias perdidas en el desastre, en Cuba, en Filipinas y Puerto Rico. Frente al hombre puramente humano de la razón y la ética, ha ido creciendo otro culturalmente relativista, pero centrado sobre el grupo, y sus caracteres diferenciales. Todo ese movimiento ha encontrado en el desastre nacional su factor de cristalización, al menos para todos aquellos grupos que de un modo u otro se han visto implicados en el proceso.

CONCLUSIÓN

La psicología, en torno al 98, muestra tener en nuestro país un doble valor, el doble valor con que comenzó a ser construída en sus primeros tiempos, el mismo doble valor que iba a tener dentro del sistema general de Wundt: el propio de una ciencia 'experimental', y el de una ciencia 'social'.

El primero es el que está en juego a la hora de poner en marcha ciertos procesos de intervención social en la escuela y la industria; estas aplicaciones de la psicología irán siendo cada vez más apreciadas en el campo de la educación y la formación individual (rehabilitación, etc.). El segundo campo guarda relación con la dimensión y el valor de ciencia 'social', capaz de hacer posible el conocimiento de la identidad de las colectividades o pueblos; estas ideas resultarán provechosas a la hora de asentar, al menos en parte, sobre una cierta base científica las bases teóricas de las demandas políticas de autonomismo e independencia dentro del horizonte de un estado gravemente afectado por procesos de desintegración.

Esa segunda dimensión, que he llamado 'mundana', cobra un creciente peso por razones de provecho político-social, mientras que la experimental queda relegada a un término secundario, del que solo por razones de aplicación práctica a los problemas de la psicotecnia podrán sacarla.

Con el desastre del 98, y con el afán de europeización del país, se dieron en España condiciones particularmente favorables a una lectura psicológica de los hechos sociales, que había de repercutir tanto en movimientos educativos como en proyectos colectivos, de renacimiento y regeneración nacionales.

Los hombres del 98 estaban sustentados, en buena medida, en ideas que procedían más o menos directamente de una mentalidad propia del evolucionismo y positivismo, y no solo del de Darwin, sino del de H. Spencer y de Taine y de Ribot. Estaban, además, muy fuertemente influidos por las ideas del *Volksggeist*, de los caracteres nacionales, que iban a desarrollarse de modo extraordinario, unas veces en su versión nacionalista, otras veces en forma más separatista o regionalista. Al cabo, tales conceptos alientan en los movimientos de resurrección de las culturas regionales por toda Europa, España incluída, permitiendo dar cuerpo a la idea de la mente popular de grupos y colectividades.

El saber de los folkloristas, como Antonio Machado Alvarez (Demófilo), no haría sino confirmar la existencia de esos rasgos inmemoriales.

Formados en la cultura de su tiempo, que era predominantemente psicologista, hubieron de aprovechar en cada caso sus ideas designándo-

las a llenar aquellas porciones de su construcción que reclamaba una cierta idea de lo humano. En esto, como en otras muchas cosas, la psicología tuvo en ese tiempo una función "mundana", que iba más allá de la mera comprensión de los problemas mentales, para alcanzar niveles de interpretación social que llegarían a formar parte de diferentes cosmovisiones y filosofías, incluidas las políticas separatistas.

Todos estos estudios representan, antes que otra cosa, una inclinación fuerte, viva a recurrir a la psicología desde la situación histórica concreta, como a un modo de conocimiento y de análisis social. Influencias alemanas y francesas habrían impulsado este modo de presencia de la psicología, modesto, limitado, pero efectivo, en manos de unos escritores que centraron sobre sí las miradas de la mayor parte de los españoles educados y críticos. Y en todos ellos, además, trasparece una común doctrina, que es la que hace de la voluntad, del dinamismo, el eje integrador de sus diferentes visiones.

Las circunstancias socio-políticas de la época hicieron posible que el ensayo y la literatura adquiriera un enorme peso social. El magisterio intelectual logrado por ciertos grupos activamente instalados en la vida nacional, nacido tal vez de la sacudida histórica que representara el desastre, y de la actitud activamente comprometida asumida por los regeneracionistas y los jóvenes del 98, hizo de la literatura un modo eficaz de fomentar la toma de conciencia colectiva sobre la propia realidad del país, y gracias a ella, se creó una nueva visión de España, de su paisaje, su historia, y sus gentes. Era una visión creativa al tiempo que realista, ajustada al pequeño detalle, capaz a un tiempo de integrar un sentimiento y una idea. Por otro lado, la visión psicologista de las culturas y las lenguas regionales dió consistencia a los afanes autonomistas de distintos grupos, sometidos políticamente a una estructura centralizada resultante de los siglos precedentes. Y así, tanto en forma global o en perspectivas autonomistas, encontramos un común elemento de reexamen de la realidad propia, desde la creencia en la realidad, mayor o menor, del espíritu de los distintos pueblos y culturas - incluidos, naturalmente, los que se independizaron de España en el mismo 1898.

Fue, sin duda, un enorme esfuerzo por estudiar, describir y conocer la realidad social del país, su *Volksgeist*, en forma no erudita sino vital y literaria. Llevaba dentro, eso sí, una amplia carga conceptual venida de la psicología, de la sociología, de la etnología o la antropología, pero toda ella puesta al servicio de una construcción creativa intelectual, lejos de toda erudición impersonal y mostrenca.

Sólo cuando, entre algunos grupos más fuertemente influidos por la concepción científica de la realidad social, se abra camino la interpretación

histórico-estructural de las colectividades, y se relegue a un plano secundario todas las interpretaciones organicistas y psicólogos de aquellas, dejará de contar esa rudimentaria 'psicología de los pueblos' con el apoyo intelectual de los grupos más ilustrados.

La psicología, antes que servir técnicamente a los psicólogos, estuvo en manos de los literatos y los humanistas creativos, empeñados en una transformación sentimental e intelectual de su pueblo. Tal vez es ese el mejor destino, al menos uno de los más altos, que puede aspirar a cumplir una ciencia que trata sobre el hombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMIRALL, V. (1979) *Lo catalanisme*, Barcelona, Eds. 62 (orig.1886).
- ALTAMIRA, R. (1902) *Psicología del pueblo español*, Madrid, F.Fe.
- ALTAMIRA, R. (1917) *Psicología del pueblo español*, 2 ed. Barcelona, Minerva.
- ARANA, S. (1978) *Obras escogidas. Antología política*, San Sebastian, Haranburu.
- BALCELLS, A. (1991) *El nacionalismo catalán*, Madrid, Historia 16.
- BANDRÉS, J., LLAVONA, R. Y CAMPOS, J. (1996) Luis Simarro, en Saiz, M. y Saiz, D. (eds.) *Personajes para una historia de la psicología en España*, Madrid, Pirámide, 185-200.
- BAROJA, P. (1980) *El dolor. Estudio de psico-física*, Prol. de L.S.Granjel, Salamanca, Real Academia de Medicina de Salamanca.
- BESTEIRO, J. (1897) *La psicofísica*, Madrid, Imp. R. Rojas.
- BLANCO AGUINAGA, C. (1970) *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI.
- BRAÑAS, A. (1889) *El regionalismo, Estudio sociológico, histórico y literario*, Barcelona.
- CACHO VIU, V. (1985) Ortega y el espíritu del 98, *Revista de Occidente*, 48-9, 9-53
- CARPINTERO, H. (1982): "The introduction of scientific psychology in Spain. 1875-1900" en Woodward W. y Ash, M. eds., *The problematic science: Psychology in Nineteenth-Century Thought*, New York, Praeger.
- CARPINTERO, H. (1980): "La psicología española: pasado, presente y futuro", *Rev. Hist. de la Psicol.*, 1, 33-58.
- CARPINTERO, H. (1987): "El Dr. Simarro y la Psicología científica en España". *Investigaciones Psicológicas*, 4, 189-207.
- CARPINTERO, H. (1994) *Historia de la psicología en España*, Madrid, Eudema.

- CARR, E.H. (1966) *Spain (1808-1939)* Oxford, Clarendon Press.
- CASTELAO, A.R. (1986) *Sempre en Galiza*, 2 ed. Vigo, Galaxia.
- DÍAZ GUERRERO, R. (1981) Momentos culminantes en la historia de la psicología en Mexico, *Rev.Historia de la Psicología*, 2(2): 125-142.
- ESTEBAN, L. (1974) *La Institución Libre de Enseñanza en Valencia*, Valencia, Bonaire.
- FERNANDEZ, P.H. (1961) *Miguel de Unamuno y William James. Un paralelo pragmático*. Salamanca.
- FOUILLÉE, A. (1903) *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, Madrid, Jorro.
- FRANCO, D. (1998) *España como preocupación. Antología*. Madrid, Alianza.
- GANIVET, A. (1944) *Idearium español*, Madrid, Hernando.
- GARCIA MARTÍ, V. (1948): *El Ateneo de Madrid (1835-1935)*, Madrid, Dossat.
- GRANJEL, L.S. (1959) *Panorama de la generación del 98*, Madrid, Guadarrama.
- IBARZ, V. (1994) *La psicología en la obra de Santiago Ramón y Cajal*, Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".
- JUARISTI, J. (1997) *El bucle melancólico. Historias de nacionalistas vascos*, Madrid, Espasa Calpe.
- LAFUENTE, E.(1980): "Sobre los orígenes de la psicología científica en España: el papel del movimiento krausista", *Estudios de Psicología*, 1: 138-147.
- LAFUENTE, E. (1982): "La psicología de Giner de los Ríos y sus fundamentos krausistas", *Rev. Hist. Psicol.*, 3: 247-270.
- LAFUENTE, E. (1987): "Los orígenes de la Psicología científica en España: las "Lecciones sumarias de Psicología" de Giner de los Ríos". *Investigaciones Psicológicas*, 4, 165-187.
- LAÍN ENTRALGO, P. (1964) *España como problema*, 2 ed., Madrid, Aguilar.
- LOPEZ PIÑERO, JM. 1982) *La ciencia en la historia hispánica*, Barcelona, Salvat.
- LÓPEZ PIÑERO, J. M. (1983): "Simarro Lacabra", en *Diccionario histórico de la ciencia en España*, Barcelona, Península.
- MACÍAS PICAVEA, R. (1996) *El problema nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, (orig. 1899).
- MARCO MERENCIANO, F. (1947) *Fronteras de la locura.(Tres personajes de Azorín vistos por un psiquiatra)*,Valencia, Metis.
- MARÍAS, J. (1966) Una psicología del español, en *Al margen de estos clásicos*, Madrid, Afrodisio Aguado, 59-73.
- MARÍAS, J. (1998) *La España real*, Madrid, Espasa-Calpe.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1918) Algunos caracteres primordiales de la literatura española, *Bulletin Hispanique*, xx, 4, 205-232.

- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1951) *Los españoles en la historia y en la literatura*, Madrid, Espasa Calpe.
- NÚÑEZ, D. (1975) *La mentalidad positiva en España: Desarrollo y crisis*, Madrid, Tucur eds.
- PALACIO, I. (1986) *Rafael Altamira: Un modelo de regeneracionismo educativo*, Alicante, Caja de Ahorros Provincial.
- PÉREZ VILLANUEVA, J. (1991) *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa Calpe.
- PRAT DE LA RIBA, E. (1978) *La nacionalitat catalana*, Barcelona, Eds. 62.
- QUINTANA, J. (1998) Unamuno y la psicología de los pueblos, Trabajo presentado en la Reunión Anual de la Sociedad Española de Historia de la Psicología, Madrid, noviembre 1998
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1909-1911): *Hystologie du système nerveux de l'homme et des vertébrés*, Madrid, C.S.I. C., reimp. 1972, 2 vols.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1895) Algunas conjeturas sobre el mecanismo anatómico de la ideación, asociación y atención, *Revista de Medicina y Cirugía prácticas*, xix,457: 497- 508.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1905) Prólogo a T. Maestre, *Introducción al estudio de la psicología positiva*, Madrid, Bailly-Bailliére.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1940) *Reglas y consejos sobre investigación científica*, 8 ed. Madrid, Beltrán (orig. 1897).
- RIBOT, T. (1922) *Las enfermedades de la voluntad*, Madrid, Jorro.
- SALMERÓN, N. (1878): Prólogo a Giner de los Ríos, H., *Filosofía y Arte*, Madrid, Imp. Minuesa.
- SECO SERRANO, C. (1993) Las ideologías políticas, en Lain, P. coord., "La edad de plata de la cultura española (1898-1936)", R. Menéndez Pidal, *Historia de España*, vol. xxxix, Madrid, Espasa Calpe, 319-456
- SIMARRO, L., "Fisiología general del sistema nervioso", *Bol. Inst. Lib. Enseñanza*, 2 (1878): 167-8, 176-7; 3(1879): 22-3, 31-2, 37-8, 46-7, 53-3, 61-3, 79, 126-7.
- SIMARRO, L. (1897) La teoría del alma según Remkhe, *Bol. Inst.Lib. Enseñanza*, 453: 383-384
- SIMARRO, L. (1889): "El exceso de trabajo mental en la enseñanza", *Bol. Inst. Lib. Enseñanza*, 13: 37-39, 88-91, 369-373.
- SPENCER, H., *Principios de psicología*, Madrid, La España Moderna, s.a., 4 vols.
- TORRAS Y BAGES, J. (1906) *La tradició catalana*, 2 ed. Vich, Imp. Viuda de Anglada
- TUÑÓN DE LARA, M. (1977): *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 3ª ed.

- TUÑÓN DE LARA, M. (1986) *España: la quiebra de 1898*. Madrid, Sarpe.
- UNAMUNO, M. (1958) *Obras completas*. Ed. M. García Blanco, Madrid, Afrodísio Aguado, vols. I-XIV.
- YELA, M. (1987): "Los orígenes de la Psicología científica en España. El Dr. Simarro y su Fundación". *Investigaciones Psicológicas*, 4, 67-79.